

NI EN ESTE MONTE, NI EN JERUSALEN

JUAN MIGUEL GANUZA

De espaldas al monte sagrado Ebal, en cuya falda se agrupa el puñado de casas que constituyen la aldea de Sicara (en arameo), y a menos de un kilómetro del montículo de ruinas, único recuerdo de la ciudad de Siquem, dialoga Jesús con la mujer samaritana. La conversación tiene lugar junto al pozo llamado de Jacob, uno de los pocos que se abren el fértil y extenso valle que hace siglos se llama de los Profetas. A la vera del pozo nació y se reconstruyó múltiples veces la ciudad de Siquem.

Fue en Siquem donde tuvo el patriarca Abraham su primer contacto con la tierra de Canaán, y allí, en un lugar sagrado, a la sombra de la encina de Moré, tal vez en la proximidad del fastuoso templo de Baal de la ciudad, se le revela Dios y alza el patriarca un altar (Gen. 12, 6-7). También en Siquem construyó Jacob un altar a Él (Gen. 33, 20) y fue enterrado el patriarca José (Jos. 24, 32).

Pero la ciudad de Siquem se prolonga mucho más allá en la historia. En su reducido recinto se han encontrado restos, particularmente de cerámica, que señalan su existencia cuatro mil años antes de Cristo, y existen concretas referencias en las cartas de "El Amarna" a la importancia estratégica que la ciudad, como puerta a los grandes reinos de Oriente, tenía en aquel entonces.

La dinastía de los hiksos egipcios hizo de Siquem un firme reducto militar, como lo prueba el recio muro construido por ellos y aún en pie, que rodeaba sus templos y palacios. De la posterior dominación cananea quedan las huellas en piedra del templo más amplio encontrado en Palestina, un rectángulo de 20 por 26 metros, con muros de más de 5 metros de espesor.

En la historia de Israel, Siquem es el lugar donde Josué ratifica la alianza de Jahvé con el pueblo (Jos. 24) y se convierte pronto en el centro de reunión de las tribus de Israel.

Capital de la primera monarquía frustrada en Israel (Abimelec, hijo de Gedeón), es todavía Siquem, en los tiempos gloriosos de la monarquía de David y Salomón, la ciudad más importante del reino después de Jerusalén, y allí se coronó Jeroboam rey del nuevo reino del Norte (1 Reyes 12, 55).

La historia de la ciudad se hace cada vez más trágica. Salmanasar IV la destruye completamente hacia el año 724 y se vuelve a reedificar en el imperio de Alejandro Magno. Al destruir éste la ciudad de Samaría, sus habitantes ocupan el emplazamiento de la antigua Siquem, al pie de su monte sagrado Garizim, en cuya cima existía ya, o existió pronto, un famoso templo a Jahvé, rival del de Jerusalén.

Después del destierro de Babilonia se hizo patente la rivalidad entre judíos y samaritanos. Estos intentaron por todos los medios, aun las armas, la reconstrucción de Jerusalén y del templo. El eclecticismo religioso de los samaritanos cavó más la zanja de separación en los principios y más tarde su rígido monoteísmo, desde el siglo III antes de Cristo, no consta que adoraran sino a Jahvé y en toda su pureza, tam-

poco ayudó a la reconciliación. El hecho de haberse convertido Siquem y el Garizim con su santuario, en concreto, en refugio de sacerdotes y judíos descontentos, hizo aún más tirantes las relaciones entre ambos pueblos.

Jesús, hijo de Sirac, subraya pocos años antes de la destrucción de Siquem y el templo del Garizim por Juan Hircano el concepto que merecía a un judío de entonces Samaría y su gente:

"Hay dos naciones que mi alma detesta, y la tercera ni siquiera es nación: los habitantes de la montaña de Seir, los filisteos y el pueblo necio que habita en Siquem." (Ecl. 50, 25-26)

Ni en este monte...

La mujer samaritana se ha visto indefensa ante el rabí judío que conoce sus secretos, y con un viraje de la conversación, muy femenina, le plantea el problema de la adoración de Yahvé en Jerusalén o en el Garizim. No menciona el templo, pues después de su destrucción por Juan Hircano hacia el año 129, no era ya sino un montón de ruinas. El Señor se aprovecha de este desvío de la conversación para abrirle horizontes nuevos. "Créeme, mujer, que llega la hora en que ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis." (Juan IV, 21-22)

Aún sigue el pozo de Jacob suministrando agua pura que, parsimoniosamente y con la mano extendida para recibir la limosna en pago, va extrayendo con su moderno torniquete el monje ruso. Hoy ni siquiera el pozo pertenece a los samaritanos.

A los que buscamos un poco de verismo nos parece una profanación la apresurada modernización de los más venerables lugares de la Tierra Santa. Una gran cerca rodea el amplio espacio, cubierto de jardines bien cuidados, en el que, además de una sencilla capilla cristiana rusa con su pequeño monasterio, está enclavado el pozo de Jacob, recubierto de una airosa torre-cilla. En su proximidad los cimientos y las bases grandiosas de una espléndida basílica que la Iglesia rusa empezó a construir apoyada en la munificencia de los últimos zares.

Y también cerca del pozo de Jacob, a medio camino de las ruinas de la vieja Siquem, la tradición venera la tumba del Patriarca José, enterrado en sus cercanías, tal como lo relata el libro de Josué (Jos. 24, 32). Nuestra decepción fue aún mayor. Un salón, restos de una antigua ermita o mezquita, pintado de blanco y dentro un catafalco rústico de madera cubierto con un paño morado, y un buen árabe que, además de la propina consabida, procura negociar con usted algunas monedas romanas más o menos auténticas. Y por cierto que la segunda vez que visitamos el lugar el guardián

de turno hablaba un rudimentario español con acento sureño. Tampoco los samaritanos, que se tienen por descendientes de José, tienen nada que hacer en este lugar tan venerado en sus milenarias tradiciones.

Camino del Garizim, nos ponemos en contacto con algunos de los escasos samaritanos, triste reliquia viva, de aquel pueblo altivo que tantas veces puso en jaque a judíos y romanos y aun inquietó a los primeros emperadores cristianos de Roma y de Bizancio. Monseñor Ricciotti encontró 206 samaritanos viviendo en las tortuosas callejas de Naplusa, en la falda del Garizim, en 1933. Hoy tal vez lleguen a 250 los samaritanos de Naplusa y a unos 150 los que viven en la zona israelítica de Jarra y de Holon. Cada año, por Pascua, las autoridades jordanas, antes de la ocupación israelítica, permitían a los samaritanos de dichas zonas atravesar la frontera y dirigirse al Garizim, donde sacrificaban el cordero ritual, pero debían permanecer allí toda la semana.

Para los samaritanos el Garizim es la montaña donde Abraham iba a sacrificar a Isaac y en la que Salomón construyó su famoso templo a Jahvé. Según ellos, no ha habido profeta después de Moisés y toda la Ley está encerrada en el Pentateuco. Nos decía uno de sus más altos representantes religiosos, uno de sus sacerdotes (Kohen): "Somos nosotros, no los actuales israelitas, los verdaderos hijos de Israel."

De una ortodoxia monoteísta acendrada ya en tiempo de Cristo y que han conservado desde entonces celosamente, los samaritanos se han distinguido siempre de los judíos, adoradores del mismo Dios. Hoy mismo hay entre ellos una zanja insalvable de tipo religioso y racial, por más que conviven armoniosamente.

Uno de ellos, ante el triste espectáculo de unos pobres niños anormales, hijos precisamente de personajes importantes del pueblo, se nos quejaba amargamente de que los matrimonios entre parientes, hace tantos siglos, iban extinguiendo la raza, y que los judíos no querían darles sus hijas en matrimonio.

Mientras vamos ascendiendo lentamente al Garizim por la moderna carretera que muere en la cumbre, se nos vienen a la memoria los relatos de los Hechos de los Apóstoles en que se narra la ansiedad con que los samaritanos escuchaban la Buena Nueva del Evangelio (Hechos 8, 6-26) y recibían la fe de Cristo.

Sobre la cima del Garizim, centenares de turistas judíos contemplan maravillados el panorama. Nosotros, tras satisfacer nuestra primera curiosidad y descansar de la penosa ascensión, vamos a buscar los restos del templo samaritano: "nuestros padres adoraron en este monte" (Juan 4, 20). Nos cuesta localizar el solar donde se alzó el templo samaritano a Jahvé, el contra-altar de Jerusalén. Preguntamos a algunos de los turistas judíos... Ellos lo ignoran. Pronto, sin embargo, localizamos la roca sagrada sobre la que se alzaba el templo, hoy roca sacrificial sobre la que cada año los samaritanos sacrifican el cordero pascual. Allí está, en lo más alto de la montaña, rodeada de una cerca de alambre espinoso. La conocíamos por fotografías. Ni una ruina, ni una piedra artificial. Allí la roca desnuda, emergiendo poderosa de la montaña. Solitaria y olvidada. Ni un techito de zinc que la proteja.

A unos cincuenta metros, las ruinas, majestuosas, de una pequeña pero preciosa arquitectónicamente basílica octogonal que los emperadores de Bizancio dedicaron a Nuestra Señora, y un poco más allá una vieja ermita cristiana convertida en mezquita.

Ni en Jerusalén...

Hay una frase acertada con la que Mons. Ricciotti pone fin a su monumental "Historia de Israel", tras reseñar la fundación de la ciudad Elia Capitolina, sobre las ruinas sagradas de Jerusalén: "Desde aquel día los judíos han tenido por ciudad el mundo, y por templo el propio corazón."

Hace ya treinta y cinco años que se escribió esta frase y la historia reciente ha rectificado la primera parte de la frase. Los judíos han vuelto ya a la Tierra Prometida y de nuevo están en Jerusalén. Queda en pie, sin embargo, la segunda frase y aún siguen teniendo por templo su propio corazón. Por lo menos, los muchos judíos que aún adoran a Jahvé.

Así como Estambul es la ciudad de las mil mezquitas y Roma la ciudad de las mil iglesias, también Jerusalén es la ciudad de las mil sinagogas. Y aun en la vieja Jerusalén, la ciudad de los padres y hoy de los árabes, empiezan también a surgir las sinagogas.

Las actuales circunstancias y la, al parecer, decidida voluntad del gobierno de Israel de retener la vieja Jerusalén han suscitado aquí y allí, sobre todo en el mundo cristiano, esta pregunta: ¿Reconstruirán los judíos el templo de Jerusalén?

Un episodio reciente ha puesto al problema no sólo sobre el tapete, sino al rojo vivo. Estábamos en aquellos días en Jerusalén y fuimos testigos, si no del hecho, sí de su fuerte repercusión. Es conocida la veneración con que rodean los mahometanos la explanada del antiguo templo de Jerusalén, su lugar más santo después de la Meca y Medina. Desde la roca sagrada subió, según sus tradiciones, Mahoma al cielo. La mezquita de Omar y la de Al-Aksa son para ellos recintos sagrados, intangibles, y la enorme explanada misma, lugar santo y reservado.

Con inquieto celo han temido los mahometanos que los judíos profanen su sagrado Haram-Esh Shariff.

El 15 de agosto de 1967, Tish'a be'Av, fecha en que se recuerda la ruina del templo y fiesta judía, el rabino Aluf Goren, capellán militar jefe del ejército de Israel, acompañado de otros capellanes, sus subordinados, y de un grupo de judíos pertenecientes, según la prensa de Jerusalén, a un grupo nacionalista extremo (Lehi), penetró en la explanada del templo, hizo resonar en ella el cuerno sagrado (shofar) y presidió un culto de oración.

Fue imposible ocultar el hecho, o quitarle importancia. En el mundo árabe, particularmente jerosolimitano, suscitó una oleada de indignación, y el mundo judío, como lo atestigua la prensa de Israel de aquellos días, reaccionó en general, agriamente, contra la intrusión del rabino, conocido ya por sus gestos audaces y comprometedores.

Bástenos citar la violenta crítica que hace del hecho el "Jerusalem Post" en su magazine de fin de semana, 25 de agosto de 1967:

"No se necesita ser un estudiante profesional de religiones para comprender que ésta (y otras hazañas del capellán-jefe del ejército) es una cruda perversión nacionalista de la religión y no tiene nada que ver con la vida religiosa. Tales acciones representan el más bajo y vulgar común denominador de judaísmo y jingoísmo en una época en que la dimensión religiosa de la existencia nacional judía exige más que nunca un testimonio articulado. El acto de culto del rabino militar tiene una gran importancia adicional.

Aluf Goren justificó su acción alegando que, según sus mediciones, el sitio donde tuvo el servicio (junto a la mezquita El-Aksa) no era, hablando técnicamente, el área interna del templo, y que, por consiguiente, las reglas de la pureza levítica no se aplicaban. Su intención, según indicó, era recitar las oraciones en el sitio más cercano al sagrado recinto...".

Este episodio suscitó de nuevo el viejo problema de la reconstrucción del templo, y en la prensa de aquellos días, en forma de artículos y particularmente cartas a la Redacción, se prendió la antigua querrela de su licitud y, en caso afirmativo, de su oportunidad o conveniencia.

Otro de los problemas surgidos fue el de la renovación del sacerdocio y del rito sacerdotal.

El tercer templo lo construirá Dios mismo...

Entrevistado el gran rabino de Israel Nissim por los periodistas tras el audaz acto de Goren, contestó: "También nosotros hubiéramos podido entrar en el área del templo, pero hemos renunciado a hacerlo... Hemos hecho todo lo que humanamente podíamos haber hecho. Ahora falta lo que sólo Dios puede hacer. No en vano hemos recibido de nuestros maestros que "el tercer templo será construido por Dios mismo".

Esta respuesta respetuosa traduce la certeza de la gran mayoría de los judíos ortodoxos que, si van en grandes masas a orar al llamado Muro de las Lamentaciones fuera del recinto del templo, no han querido poner sus pies en su interior.

R. J. Zvi Werblowski, profesor de Religión comparada en la Universidad Hebrea de Jerusalén, ha hecho en el "Jerusalem Post" del 25 de agosto un concienzudo estudio sobre el templo y el sacrificio, y en él destaca la actitud de los judíos de hoy al respecto. Tratemos de sintetizar su pensamiento.

A muchos de los judíos de Israel y del mundo entero, no religiosos según los cánones de la ortodoxia rabínica, y aun tal vez antirreligiosos, les trae sin cuidado la reconstrucción del templo y miran con disgusto una renovación del ritual sacrificial, que estaría contra las costumbres del mundo culto de hoy.

El resto de los judíos, aun los más religiosos, ven con muy poco entusiasmo la reconstrucción del templo y más la reposición del ritual sacrificial. Y por de pronto de ninguna manera piensan vale la pena herir la sensibilidad de los mahometanos que consideran el área del templo como lugar santo e intangible de su religión. Es cierto que cada día recitan oraciones en que piden a Dios la restauración del templo (la amidah diaria) y que en el ritual festivo judío abundan las fórmulas tradicionales, llenas de intensa nostalgia, que insisten sobre el tema. Pero se las interpreta generalmente en sentido mesiánico. La espiritualización, por otra parte, del culto judío, corriente ya iniciada por los profetas de Israel y recogida en el culto sinagoga, de oración y alabanza, ha enfriado el entusiasmo de la mayoría del pueblo judío por el templo y el sacrificio. Hay un dato antiguo que confirma lo dicho. El empeño del emperador Juliano el Apóstata por reconstruir el templo en el siglo IV no encontró apenas apoyo en el judaísmo.

Las leyes de la pureza ritual y el problema del sacerdocio aarónico, difícil de verificar hoy en los mu-

chos "kohen" que se atribuyen tal herencia, son otros de los graves problemas que dificultarían la reconstrucción del templo y la reinstalación de los sacrificios.

La actitud rabínica, resume el autor, es de extrema resistencia y la liberal de definitiva negativa. Sólo pequeños grupos de nacionalistas extremistas, haciendo caso omiso de la opinión general, han querido echar gasolina sobre un rescoldo apenas existente, y no por razones religiosas, sino patrioterías.

Adoradores en espíritu y en verdad

"Pero llega la hora (estamos ya en ella) en que los adoradores verdaderos adorarán al Padre en espíritu y en verdad, porque así quiere el Padre que sean los que le adoren." (Juan IV, 23)

Dios quiere ser adorado en espíritu y verdad y en los corazones de sus hijos los hombres. Cristo Resucitado es el templo, no de carne, ni hecho por mano de hombres; donde el Padre quiere ser adorado. Y Cristo se reproduce místicamente en sus hermanos, sobre todo los pobres y necesitados.

"Cuerpo de Cristo es también la muchedumbre", decían ya los Padres de la Iglesia. ¿No estamos escandalizando a los de casa y a los de fuera, que quieren creer en Cristo reflejado en nosotros, con nuestras famosas iglesias y catedrales de piedra? ¿Habrá una presencia vivificadora de Cristo en ellas, cuando a la sombra de sus muros colosales vegetan en la miseria tantos templos vivos del Espíritu Santo? Nuestras estupendas casas de oración, y las otras, más estupendas aún de educación cristiana, seguirán agradando al Señor cuando sus hijos pequeños, los pobres, tienen a lo más un ranchito o se amontonan en una pieza de elevado alquiler?

El profeta Ezequiel vio desde el destierro elevarse la gloria de Dios sobre el templo de Jerusalén y alejarse abandonándolo... (Ezeq. 10, 18).

Una de las más penosas impresiones que recibimos los peregrinos de Tierra Santa —y he compulsado mi sentir con el de otros— es contemplar las suntuosas basílicas y las enormes iglesias que recuerdan la pobreza del Señor, la humildad de la sagrada familia, la desnudez del pesebre de Belén. Iglesias y basílicas vacías, por otra parte, pues el pueblo de Dios —también los árabes y los judíos son pueblo de Dios—, que pertenece al rebaño de Cristo, lo componen unas poquitas ovejas, raquíticas y más o menos dispersas entre distintas facciones cristianas.

La santidad de los lugares sagrados ¿compensará el número crecido de sacerdotes y monjes, de distintas iglesias cristianas, que se ocupan en guardar piedras más o menos venerables?

Dios quiera que tampoco nuestras iglesias se conviertan en un número, mejor o peor organizado y abastecido, de guardadores de piedras sagradas, mientras el pueblo vive al margen o las contempla con cierto pavor ancestral, como a ídolos de piedra, pero que no les dicen nada ni para su vida, ni para su salvación.

"Porque ni en este monte, ni en Jerusalén, adoraráis al Padre (ni tan sólo en las iglesias de piedra, decimos nosotros), porque Dios es Espíritu, y los que le adoran deben adorarlo en espíritu y verdad." (Juan IV, 24)